





METRO 2034



METRO 2034

DMITRY GLUKHOVSKY

timun**mas**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Título original: *Metro 2034*
Traducción: © Joan Josep Mussarra Roca, 2010
Fotografía de interior: © Verónica Arenas

Primera edición: abril de 2010

© Dmitry Glukovsky, 2009
www.nibbe-wielding.de

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:
© Scyla Editores, S. A., 2010
Diagonal 662-664, 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada por Scyla Editores, S. A.
www.timunmas.com

ISBN: 978-84-480-3981-3
Preimpresión: Abogal, S.C.P.
Depósito legal: B. 13.443-2010
Impreso en España por Egedsa



PRÓLOGO



Estamos en el año 2034. El mundo ha sido devastado. Apenas si quedan seres humanos con vida. Las ciudades están destruidas y la radiación las ha dejado inhabitables. Se dice que, fuera de ellas, se encuentran solamente interminables desiertos de tierra calcinada, y antiguos bosques que se han transformado en impenetrables espesuras. Pero nadie sabe muy bien lo que se esconde en ellos. La civilización ha desaparecido. Y el recuerdo que aún se conserva de las pasadas grandezas de la Humanidad se mezcla gradualmente con mitos y leyendas.

Han pasado veinte años desde que el último avión se elevó a los cielos. Las antiguas vías de tren, cubiertas de herrumbre, no llevan ya a ninguna parte. Y si sintonizáramos, aunque fuera un millón de veces, las antiguas frecuencias de radio en las que se retransmitía desde Nueva York, París, Tokio y Buenos Aires, no oiríamos nada más que un aullido solitario.

Han pasado más de veinte años desde *entonces*. La Humanidad ha cedido a otras especies el señorío que en otro tiempo ejerció sobre el mundo. Especies nacidas de la radiación, mucho mejor adaptadas a la vida en este mundo nuevo.

La Era de la Humanidad ha terminado.

Pero los supervivientes no quieren aceptarlo. Unas pocas decenas de miles de humanos han sobrevivido, y no saben si en otra parte del mundo puede haber más, o si son los únicos que han sobrevivido en todo el planeta.

Viven dentro de la antigua red de metro de Moscú, el refugio atómico más grande que jamás construyera la mano del hombre. El último refugio de la Humanidad.

Casi todos los supervivientes se hallaban en el metro *aquel día*. Y eso fue lo que les salvó la vida. Las puertas de seguridad herméticas de las estaciones los protegieron de la radiación y de las horribles criaturas que a partir de entonces fueron apareciendo en la superficie. Los viejos filtros les permitían purificar el aire y el agua. Los refugiados más hábiles construyeron dinamos con las que los habitantes de la red de metro obtienen ahora electricidad. Se alimentan de cerdos y champiñones que crían en granjas subterráneas. Los más pobres no tienen reparos en comer también ratas.

Hace tiempo que no existe ningún tipo de administración central. Las estaciones se han constituido en microestados. Sus habitantes se agrupan en torno a ideologías, religiones y filtros de agua. O se unen simplemente para defenderse de ataques enemigos.

Es un mundo sin mañana. En él no tienen cabida los sueños, ni los proyectos ni las esperanzas. Los sentimientos han cedido su lugar a los instintos, y el más importante de éstos es la voluntad de supervivencia. A cualquier precio.

Este libro es una continuación de la novela *Metro 2033*.



1

LA DEFENSA DE LA SEVASTOPOLSKAYA



No regresaron. Ni el martes, ni el miércoles, ni tampoco el jueves, el día que habían acordado como fecha límite. El puesto de vigilancia exterior no descansaba en ningún momento. Habría bastado con que los centinelas oyeran aunque fuera el eco de una petición de auxilio, o divisaran el tenue fulgor de una linterna sobre las paredes oscuras y húmedas del túnel que conducía a la estación Nakhimovsky Prospekt para que, en el acto, partiera un destacamento.

La tensión crecía por momentos. Los centinelas, unos soldados muy bien armados, con entrenamiento especial para situaciones como aquella, tenían el ojo alerta en todo. La baraja de cartas con la que se entretenían entre alarma y alarma llevaba dos días acumulando polvo en un cajón del cuarto de guardia. Las conversaciones relajadas de otros tiempos dejaron de existir, y las sustituyeron, al principio, breves y nerviosos intercambios de pareceres, y luego, por fin, un silencio lúgubre que aún persistía. Todos los que estaban allí abrigaban la esperanza de ser el primero en oír los ecos de las pisadas que anunciarían el regreso de la caravana. Era una cuestión muy importante.

Todos los habitantes de la Sevastopolskaya, desde los niños de cinco años hasta los más ancianos, eran duchos en el manejo de las armas. Habían transformado su estación en un baluarte inexpugnable. Pero, por mucho que se fortificaran tras nidos de ametralladoras, alambradas, e incluso dientes de dragón que habían preparado con trozos de raíl, su fortaleza, imbatible en apariencia, no conseguía liberarse de la amenaza del desastre. Su talón de Aquiles era la falta de munición.

Si los habitantes de las otras estaciones hubieran tenido que hacer frente a un ataque como los que la Sevastopolskaya sufría a diario, no

habrían tratado de defenderse. Habrían huido, como las ratas que abandonan un túnel inundado. Si se hubiera dado una emergencia extrema, ni siquiera la poderosa Hansa, la confederación de estaciones de la Línea de Circunvalación, se habría prestado a mandarles grandes refuerzos. Les habría salido demasiado caro. Indudablemente, la Sevastopolskaya tenía un valor estratégico enorme. Pero el precio que habría costado su defensa era demasiado alto.

El precio de la electricidad también era alto. Tan alto, que los moradores de la Sevastopolskaya, constructores de una de las centrales hidroeléctricas más importantes de la red de metro, recibían municiones de la Hansa a cambio del suministro, e incluso hacían negocio con ello. Pero la electricidad no se pagaba tan sólo con cartuchos, sino también con la vida breve y mutilada de buena parte de los habitantes de la estación.

Las aguas subterráneas eran, a un tiempo, una bendición y una maldición para la Sevastopolskaya. Igual que las corrientes de la Estigia rodeaban por todos lados la podrida embarcación de Caronte, la estación estaba también circundada de agua. Las aguas subterráneas proporcionaban luz y calor a la Sevastopolskaya, y a poco más de un tercio de la Línea de Circunvalación, porque hacían girar las palas de docenas de norias. Los expertos ingenieros de la estación las habían mandado construir, de acuerdo con sus propios planos, en los túneles, en las grutas, en las corrientes subterráneas de agua. En resumen: en todos los sitios donde les había sido posible.

Pero, al mismo tiempo, el agua corroía sin cesar los pilares, arrancaba poco a poco el cemento de las juntas. Murmuraba tras las paredes de la estación, como para arrullar a sus habitantes. Las aguas subterráneas les impedían cegar mediante explosiones los túneles superfluos. Y era precisamente por esos túneles por donde hordas de monstruos salidos de una pesadilla llegaban hasta la Sevastopolskaya, cual interminable y venenoso ciempiés que hubiera ido entrando en una máquina de picar carne.

Los habitantes de la estación se veían a sí mismos como tripulantes de una nave de espectros que navegaba por el Infierno. Estaban condenados a buscar y reparar sin descanso nuevas vías de agua, porque hacía mucho tiempo que la fragata había empezado a inundarse. Y no había a la vista ningún puerto que les ofreciera seguridad y reposo.

Tenían que defenderse de incesantes ataques porque, desde la Chertanovskaya, al sur, y la Nakhimovsky Prospekt, al norte, acudían mons-

truos que habían salido arrastrándose de los tubos de ventilación, que emergían de los turbios caldos que reposaban en los conductos de desagüe, o que irrumpían por los túneles. Parecía que el mundo entero se hubiese conjurado contra los moradores de la Sevastopolskaya, y que no escatimara ningún esfuerzo para borrar sus hogares del plano de la red de metro. Pero ellos defendían su estación con uñas y dientes, como si se tratara del último refugio en todo el Universo.

Y, sin embargo, por muy capaces que fueran sus ingenieros, por severa e implacable que fuese la instrucción de sus militares, no podrían defender la estación si no disponían de cartuchos, y de bombillas para los faros, y de antibióticos y vendajes. Producían electricidad, ciertamente, y la Hansa les pagaba bien por ello. Pero la Línea de Circunvalación contaba también con otros proveedores, y con producción propia. Los moradores de la Sevastopolskaya, en cambio, no habrían podido sobrevivir un mes entero sin ayuda exterior. Y sus reservas de cartuchos estaban a punto de terminarse.

Todas las semanas, caravanas acompañadas por una escolta militar partían hacia la Serpukhovskaya, donde empleaban el crédito que les habían concedido los mercaderes de la Hansa para proveerse de todo lo necesario, y luego regresaban de inmediato. Mientras la Tierra siguiera girando, las aguas subterráneas fluyeran y las bóvedas concebidas por los constructores del metro se mantuvieran en pie, la vida seguiría igual.

Pero, entonces, una caravana se retrasó. Y tardaba tanto que sólo era posible una explicación: habían sufrido un imprevisto, un percance terrible, contra el que nada habían podido los escoltas, a despecho de su pesado armamento y su experiencia en el combate, ni tampoco las buenas relaciones con la Hansa, que tanto mimaban.

La intranquilidad no habría sido tan grande si hubieran dispuesto de algún medio de comunicación. Pero la línea telefónica que los conectaba con la Hansa también había sufrido algún problema, no habían podido hablar con ellos desde el lunes anterior, y el destacamento que habían enviado en busca de la avería había regresado sin encontrar nada.

Una lámpara de pantalla ancha y de color verde colgaba, muy baja, sobre una mesa redonda. Iluminaba unos folios amarillentos sobre los que había gráficos y diagramas trazados a lápiz. La bombilla era de bajo

consumo —como mucho, cuarenta vatios—, pero no para ahorrar electricidad —la Sevastopolskaya no tenía ningún problema en ese sentido—, sino porque al ocupante del despacho no le gustaban las luces intensas. El cenicero estaba lleno de colillas, todas ellas de cigarrillos liados a mano, de baja calidad. Un humo acre, de color gris azulado, flotaba cual pesada niebla en la habitación de techo bajo.

El jefe de estación, Vladimir Ivanovich Istomin, se enjugó la frente, levantó la mano y miró el reloj con el único ojo que le quedaba. Por quinta vez en media hora. Luego chasqueó los dedos y se levantó pesadamente.

—Tenemos que tomar una decisión. No podemos seguir así, sin hacer nada.

Un hombre mayor, pero de constitución robusta, estaba sentado al otro lado de la mesa. Vestía una chaqueta acolchada con colores de camuflaje y una raída boina azul. Abrió la boca para decir algo, pero se lo impidió un acceso de tos. Parpadeó, malhumorado, y trató de apartar el humo con la mano. Luego dijo:

—Sí, de acuerdo, Vladimir Ivanovich. Pero te lo repito: no podemos sacar a más hombres del túnel meridional. La presión que tienen que aguantar los centinelas que hacen guardia allí es muy fuerte. A duras penas consiguen resistir. Tan sólo en esta última semana hemos contado tres heridos, uno de ellos grave, y eso a pesar de las fortificaciones. No voy a permitir que debilites aún más nuestras posiciones en el sur. Es preciso que seis exploradores vigilen en todo momento los conductos de ventilación y el túnel de enlace. Y también necesitamos hombres en el norte para proteger a las caravanas que vienen hacia aquí. No podemos prescindir ni de un único soldado. Lo siento, pero tendrás que buscar otra manera de solucionar el problema.

—¡El jefe de los puestos exteriores eres tú, así que encuéntrame hombres, por favor! —masculó el jefe de estación—. Yo ya me encargo de los asuntos que me competen. Tendría que partir un destacamento dentro de una hora. Lo que sucede es que tú y yo aplicamos criterios diferentes. ¡Escúchame, no podemos tener en cuenta solamente los problemas que nos afectan aquí y ahora! ¿Qué pasará si ha ocurrido alguna desgracia?

—Creo que te estás poniendo histérico sin ninguna necesidad, Vladimir Ivanovich. Aún tenemos en el arsenal dos cajas del calibre 5.45 sin abrir. Nos bastarían para aguantar durante una semana y media. Además, tengo algo guardado en casa, bajo la almohada. —El Coronel

sonrió. Sus dientes grandes y amarillos quedaron a la vista—. Y estoy convencido de que recibiré otra caja. Lo que nos falta no son cartuchos, sino personal.

—Yo te diré cuál es nuestro problema. Si no recibimos más avituallamientos, dentro de dos semanas habrá que cerrar las puertas del sur porque, si no tenemos municiones, no podremos defender el túnel. Si se llega a esa situación, no podremos encargarnos del mantenimiento de unos dos tercios de nuestras norias. Al cabo de una semana empezarían a averiarse, y la Hansa no verá con buenos ojos que les falle el suministro. Si tienen suerte, encontrarán enseguida otro proveedor. Y si no... ¡Pero qué me importa ahora el suministro eléctrico! Desde hace casi cinco días, el túnel está muerto. No se ve bicho viviente. ¿Y si hubiera habido algún derrumbe? ¿O hubiera quedado intransitable? Si nos hemos quedado aislados, ¿qué va a ser de nosotros?

—Alto ahí. Los cables eléctricos funcionan. Los contadores giran, y eso es garantía de que la Hansa aún recibe electricidad. Si se hubiera producido un derrumbe, ya lo sabríamos. Y si esto fuese obra de saboteadores, habrían cortado los cables eléctricos, no los del teléfono. Y ahora hablemos del túnel... ¿qué es lo que te asusta? No tenemos noticia de que nadie, ni siquiera en las mejores épocas, haya llegado a nuestra estación por casualidad. Piensa en la Nakhimovsky Prospekt: es imposible atravesarla sin escolta. Los comerciantes extranjeros ya no se atreven a venir. Y los bandidos también están bien informados: cada vez que pillamos a una cuadrilla, dejamos con vida a uno de sus miembros para que se marche y haga correr la noticia. No te dejes llevar por el pánico.

—Tienes mucha labia —murmuró Vladimir Ivanovich. Se levantó la venda que le tapaba la cuenca del ojo vacía y se enjugó el sudor de la frente.

—Te voy a ceder tres hombres —dijo el Coronel, esta vez con voz más afable—. Ni con mi mejor voluntad podría proporcionarte más. Y deja de fumar. Sabes muy bien que no puedo respirar ese humo. ¡Y además, te estás envenenando a ti mismo! Yo habría preferido un té...

—Por supuesto. Ahora mismo. —El jefe de estación se frotó las manos, tomó el auricular del teléfono y ladró—: Istomin al habla. Tráiganos té para el Coronel y para mí.

—Que acuda el oficial de servicio —ordenó el jefe de los puestos exteriores, y luego se sacó la boina—. Voy a organizar el pelotón de reconocimiento.

Istomin disponía siempre de té especial, de una selección procedente de la VDNKh. Casi nadie podía permitírselo, porque provenía del otro extremo de la red de metro, y la Hansa cobraba derechos de aduana hasta tres veces por el té favorito del jefe de estación. Era tan caro que Istomin no habría podido pagarse aquel capricho de no haber sido por sus contactos en la Dobryninskaya. Había estado en la guerra con alguien que vivía allí, y, por ello, era costumbre que los jefes de caravana volvieran siempre de la Hansa con un delicado paquetito y se lo entregaran a él en persona.

Pero, de todos modos, los paquetes habían dejado de llegar con regularidad desde hacía un año, y alarmantes rumores se habían difundido hasta la Sevastopolskaya: la VDNKh se enfrentaba a un nuevo y terrible peligro, que tal vez amenazara también a toda la Línea Naranja. Se trataba, al parecer, de unos mutantes de la superficie desconocidos hasta entonces. Se decía que eran unas criaturas casi invisibles, prácticamente invulnerables, y que leían el pensamiento. Se contaba que la estación había caído, y que la Hansa, temerosa de una invasión, había hecho saltar por los aires el túnel que se encontraba más allá de Prospekt Mira. Los precios del té se habían disparado, apenas si se encontraba el producto, e Istomin había empezado a preocuparse de verdad. Pero algunas semanas más tarde la tormenta había amainado, y las caravanas que llegaban a la Sevastopolskaya cargadas de cartuchos y bombillas empezaron a proveerle nuevamente de té. ¿No era eso lo más importante?

Istomin le sirvió el té al oficial en una taza de porcelana con baño de oro en el borde, ya muy desgastado. Mientras se lo servía, cerró el ojo y gozó por unos instantes del aromático vaho. Luego se sirvió a sí mismo, se dejó caer pesadamente sobre la silla, y empezó a revolver la sacarina con una tintineante cucharilla de plata.

Ambos callaron, y durante un minuto no se oyó otro sonido en el despacho a media luz lleno de humo de tabaco. Tan sólo el melancólico tintineo. Pero éste, de súbito, quedó ahogado por un pitido estridente que llegó desde el túnel, y que se repetía con ritmo casi constante.

—¡Alarma!

El jefe de los puestos exteriores se puso en pie con inesperada agilidad y salió corriendo de la habitación. Un único disparo de fusil resonó en la lejanía, y luego se oyeron los Kalashnikov: uno, dos, tres. Botas militares con remaches en las suelas retumbaron sobre las vías, y se oyó la poderosa voz de bajo del Coronel, que, ya a cierta distancia, daba las primeras órdenes.

Istomin quiso alargar la mano hacia el lustroso subfusil que colgaba en su armario, pero luego se la llevó al pecho, gimoteó, meneó la cabeza, se sentó de nuevo a la mesa y tomó otro sorbo de té. Enfrente humeaba todavía la taza del Coronel, y al lado de ésta se encontraba su boina. Con las prisas, se la había olvidado. El jefe de estación hizo una mueca e inició una nueva disputa, en esta ocasión a media voz, con el oficial que ya no estaba allí. El tema era el mismo, pero empleó nuevos argumentos que antes, en el calor de la discusión, no se le habían ocurrido.

Por la Sevastopolskaya circulaba un chiste muy malo que explicaba por qué la estación vecina se llamaba Chertanovskaya: su nombre derivaba de la palabra rusa *Chort*, que significa «diablo». Las norias de la central hidroeléctrica estaban distribuidas por buena parte del túnel que conducía hasta ella pero, aunque la estación estuviera abandonada, no se le habría ocurrido a nadie, ni por asomo, apoderarse de ella y colonizarla, como sí habían hecho con la Kakhovskaya. Los equipos técnicos que, acompañados siempre por destacamentos de escolta, habían montado los generadores más lejanos, y que de tiempo en tiempo tenían que ir a revisarlos, se guardaban muy mucho de acercarse a menos de cien metros de la Chertanovskaya. Casi todos los que tenían que tomar parte en esas expediciones se santiguaban en secreto —a menos que fueran fanáticos del ateísmo— y algunos, por lo que pudiera suceder, llegaban al extremo de despedirse de sus familiares.

La Chertanovskaya era terrible, eso lo notaba cualquiera que se acercase a medio kilómetro de distancia. En los primeros tiempos, los ingenuos moradores de la Sevastopolskaya habían enviado tropas de asalto con armamento pesado para ampliar su área de influencia. Los que regresaron, volvieron con heridas graves, tras haber perdido, como mínimo, a la mitad del cuerpo expedicionario. Los curtidos guerreros que habían vuelto de allí conversaban en torno a las hogueras, entre tartamudeos y divagaciones, y en todo momento temblaban, aunque estuvieran tan cerca del fuego que casi se les chamuscara la ropa. Tan sólo a costa de grandes esfuerzos lograban recordar lo que habían vivido, y no había dos que contasen la misma historia.

Se decía que, más allá de la Chertanovskaya, el túnel tenía un ramal que se adentraba en el subsuelo y desembocaba en un gigantesco laberinto de cuevas naturales plagadas de monstruos. Los habitantes de la Sevastopolskaya conocían ese lugar como La Puerta: una denominación

totalmente arbitraria, porque ninguno de los que regresaron con vida había llegado a esa zona. De todas maneras, se contaba una historia de cuando el resto de la línea aún era territorio ignoto. Al parecer, una unidad de exploradores muy nutrida había sobrepasado la Chertanovskaya y había descubierto La Puerta. Mediante un aparato emisor —una especie de teléfono por cable—, el encargado de las comunicaciones había informado de que se hallaban a la entrada de un angosto corredor que descendía a las profundidades casi en vertical. No dijeron nada más. Minutos más tarde, los jefes de la Sevastopolskaya oyeron chillidos, preñados de espanto y dolor. Ocurría algo muy extraño: los exploradores trataban de no disparar. Quizás hubieran comprendido que las armas convencionales no iban a protegerlos. El último en enmudecer fue el capitán del grupo, un mercenario sin escrúpulos procedente de la estación Kita-gorod, que siempre cortaba el meñique a sus adversarios después de derrotarlos. El micrófono ya no debía de estar en manos del encargado de comunicaciones, y el capitán debía de hallarse a cierta distancia, porque sus palabras resultaban difíciles de entender. Pero, a fuerza de agudizar el oído, el jefe de estación comprendió qué era lo que gimoteaba durante su agonía: una plegaria. Una de esas plegarias sencillas e ingenuas que los niños pequeños suelen aprender de labios de unos padres devotos. Luego, la conexión se cortó.

Tras este incidente, desistieron de llegar a la Chertanovskaya. Hubo incluso propuestas para abandonar la Sevastopolskaya y refugiarse en la Hansa. La estación maldita era como la última frontera, el límite del área controlada por los humanos. Las criaturas que trataban de entrar desde el otro lado creaban un buen número de problemas a los habitantes de la Sevastopolskaya; pero no eran invulnerables, y un sistema de defensa bien organizado rechazaba los ataques con relativa facilidad y escasas bajas... siempre que se dispusiera de municiones. Algunos de los monstruos sólo se podían detener con balas explosivas y descargas eléctricas de alta tensión. Pero la mayoría de las criaturas que se enfrentaban a los centinelas no eran tan terribles, aunque, de todos modos, siempre fueran muy peligrosas.

—¡Eh, allí queda uno! ¡Arriba, en el tercer tubo!

La lámpara de arriba se había desenganchado y se tambaleaba de un lado para otro como un ajusticiado al extremo de la horca, e iluminaba erráticamente la escena que tenía lugar frente a las fortificaciones: a ve-

ces alumbraba las encorvadas figuras de los mutantes que venían arras-trándose, a veces los sumía de nuevo en la oscuridad, y en ocasiones des-lumbraba a los centinelas. Sombras delatoras iban de un lado para otro, se juntaban y se dispersaban de nuevo, hacían feas muecas, hasta el pun-to de que no era posible distinguir entre los hombres y las bestias.

El puesto de vigilancia se hallaba en un buen lugar: la intersección entre dos túneles. Poco antes del Apocalipsis, Metrostroy había inicia-do allí unas obras de reparación que no llegaron a terminarse. Los mo-radores de la Sevastopolskaya habían erigido fortificaciones en ese cru-ce: dos nidos de ametralladora, una barricada de sacos de arena de metro y medio de altura, dientes de dragón y barreras que habían mon-tado con trozos de raíl, cables de tensión a poca y mucha distancia, y un sistema de alarma muy elaborado. Pero cuando los mutantes acu-dían en gran número, como entonces, ni siquiera ese sistema de defen-sa resultaba efectivo.

El centinela que manejaba la ametralladora balbuceaba monótona-mente. Le salían burbujas de sangre de las fosas nasales, y se miraba, es-tupefacto, las palmas de las manos, que tenía húmedas, y de un color rojo brillante. En torno a la Pecheneg, el aire vibraba como consecuen-cia de las elevadas temperaturas. Pero entonces, la maldita máquina se le encalló. El centinela resopló, se apoyó en el hombro del camarada que estaba a su lado —un gigantesco guerrero con un casco integral de titanio en la cabeza— y enmudeció. Al cabo de un segundo se oyeron fortísimos gritos: la bestia atacaba.

El hombre del casco empujó a un lado el cuerpo cubierto de sangre del otro centinela, se puso en pie, empuñó el Kalashnikov y disparó una breve ráfaga. Una repulsiva criatura de cuerpo tendinoso y pellejo gri-sáceo pegó un salto, desplegó sus zarpas nudosas y descendió sobre ellos, planeando con las membranas de sus brazos. La tormenta de plo-mo puso fin a sus alaridos, pero el cadáver del animal voló hasta un tre-cho más allá. Su cuerpo, de ciento cincuenta kilos, se estrelló contra los sacos de arena y levantó un remolino de polvo.

—Esto se ha acabado.

El asalto de las criaturas pareció interminable pero, de hecho, había empezado unos minutos antes, en las gigantescas tuberías cortadas que colgaban del techo del túnel. Parecía que habían logrado detenerlo. Los centinelas, con grandes precauciones, abandonaron sus parapetos.

—¡Una camilla! ¡Un médico! ¡Rápido, tenemos que llevarlo a la es-tación!

El gigantesco centinela que había matado al último de los monstruos montó una bayoneta en el fusil de asalto y se fue acercando sucesivamente, sin precipitarse, a todas y cada una de las criaturas que yacían muertas o heridas en el campo de batalla. Una y otra vez, aplastaba contra el suelo, con la bota, las fauces erizadas de dientes del animal, y les clavaba breve y hábilmente la bayoneta en uno y otro ojo. Al acabar, se recostó, exhausto, contra los sacos de arena. Echó una mirada al túnel, levantó la visera del casco y tomó un trago de una cantimplora.

Los refuerzos procedentes de la estación no llegaron hasta que la refriega hubo terminado. El jefe de los puestos exteriores se presentó por fin, cojeante, casi sin aliento, echando pestes contra sus diversos achaques, con la chaqueta de camuflaje sin abrochar.

—¿Y de dónde voy a sacar yo tres hombres? ¡Como no me los corte de mis propias carnes!

—¿Disculpe? No comprendo, Denis Mikhailovich —dijo uno de los centinelas.

—Istomin pretende que enviemos de inmediato un pelotón de reconocimiento a la Serpukhovskaya. Está cagado por lo de la caravana. ¿Y de dónde voy a sacar yo tres hombres? Precisamente ahora...

—¿Aún no se han recibido noticias? —le preguntó el centinela de la cantimplora sin volverse.

—No, ninguna —corroboró el viejo—. Pero tampoco ha pasado tanto tiempo. A ver, por favor, ¿qué sería lo más peligroso ahora? ¡Si debilitamos los puestos de la frontera meridional, dentro de una semana aquí no quedará nadie que pueda darle la bienvenida a la caravana!

Su interlocutor negó con la cabeza, pero no dijo nada. Tampoco reaccionó de ningún modo cuando el oficial, por fin, dejó de gruñir, y preguntó a los centinelas si alguien querría presentarse para una expedición de tres hombres.

Acudieron voluntarios de sobra. La mayoría de los centinelas estaban hartos de montar guardia en las fronteras de la estación, y eran incapaces de imaginarse algo más peligroso que la vigilancia del túnel meridional.

Entre los seis que se presentaron voluntarios, el Coronel eligió a los tres que le parecieron más prescindibles. Sabia elección: ninguno de los tres iba a regresar.

Hacía tres días que habían enviado a la *troika*. El Coronel tenía la impresión de que las gentes murmuraban a sus espaldas y lo miraban con

desconfianza. Incluso las conversaciones más acaloradas se interrumpían cuando él se acercaba, y en el tenso silencio que solía hacerse creía percibir una silenciosa exigencia: «Explícanoslo, justificate.»

Pero él se limitaba a hacer su trabajo: se encargaba de la seguridad de los puestos fronterizos de la Sevastopolskaya. Su cometido era de naturaleza táctica, no estratégica. No disponía de suficientes soldados. ¿Qué derecho tenía a quemarlos de ese modo? Los estaba enviando a expediciones de dudosa utilidad, cuando no obviamente absurdas.

Hasta tres días antes, ésa había sido su convicción. Pero las miradas de angustia, desaprobación y duda minaron su confianza y empezó a flaquear. Un equipo de reconocimiento, pertrechado con armamento ligero, necesitaba menos de un día para ir hasta la Hansa y regresar, aun contando con posibles refriegas y demoras en las fronteras de las estaciones independientes.

El Coronel ordenó que no dejaran pasar a nadie, se encerró en su despacho, apoyó en la pared su frente enfebrecida y empezó a murmurar para sí. Por enésima vez repasó todas las posibilidades. ¿Qué podía haberles ocurrido a los mercaderes? ¿Y a la patrulla de reconocimiento?

Los habitantes de la Sevastopolskaya no tenían ningún miedo a los ataques humanos. Como mucho, al ejército de la Hansa. La fama de que la Sevastopolskaya era un lugar peligroso, las exageradas historias que contaban los escasos visitantes sobre el elevado precio que sus habitantes pagaban para sobrevivir... los comerciantes oían todas esas historias y las difundían a lo largo y a lo ancho de la red de metro. Y no habían tardado en surtir efecto. Los dirigentes de la estación comprendieron enseguida las ventajas de esa fama, y trabajaron por consolidarla. Los informadores, comerciantes, viajeros y diplomáticos narraban, con la bendición oficial, las mentiras más truculentas sobre la Sevastopolskaya y, en general, sobre el trecho que se encontraba más allá de la Serpukhovskaya.

Tan sólo a unos pocos se les permitía atravesar esa cortina de ruido y humo, y conocer la atractiva realidad de la estación. Durante los últimos años, algunos grupos aislados que no estaban al corriente habían tratado de penetrar por los puestos exteriores, pero la maquinaria militar de la Sevastopolskaya, dirigida por antiguos oficiales del Ejército Rojo, los había triturado sin mayor dificultad.

En cualquier caso, la troika de exploradores había recibido instrucciones precisas: si se topaban con algún peligro, tenían que evitar toda confrontación y regresar lo antes posible.

Ni que decir tiene que la Nagornaya se encontraba en el mismo trecho. No se trataba de un lugar aterrador como la Chertanovskaya, pero de todos modos era peligrosa y siniestra. Como la Nakhimovsky Prospekt, que tenía las puertas que conducían a la superficie atascadas pero sin cerrar, y por ello no estaba a resguardo de intrusiones. La Sevastopolskaya no consideraba la posibilidad de provocar un derrumbe, porque sus Stalkers salían por la Nakhimovsky Prospekt. Nadie se atrevía a entrar solo en esta última estación, pero tampoco se recordaba que las troikas hubieran tenido nunca grandes problemas para acabar con las criaturas que acechaban allí.

¿Un derrumbe? ¿Las aguas subterráneas? ¿Un acto de sabotaje? ¿Un inesperado ataque de la Hansa? Sería el Coronel, no el jefe de estación, Istomin, quien tuviera que dar explicaciones a las mujeres de los exploradores desaparecidos, y éstas lo mirarían a los ojos, angustiadas y cargadas de interrogantes, en busca de una promesa, un consuelo. Tendría que dar explicaciones a los soldados de la guarnición. Éstos, por fortuna, no le harían preguntas innecesarias y, por el momento, su lealtad se mantenía incólume. Por último, tendría que tranquilizar a todos los que sentían inquietud, a todos los que después del trabajo se congregaban en torno al reloj de la estación para calcular el tiempo que había pasado desde que partió la caravana.

Istomin había contado que durante los últimos días le habían preguntado en varias ocasiones por qué las luces de la estación estaban tan bajas. En algunos casos, incluso llegaron a exigirle que volvieran a ponerlas a la intensidad habitual. Y el caso es que a nadie se le había ocurrido bajar la potencia de la corriente: la iluminación funcionaba a pleno rendimiento. No, esa penumbra no se encontraban en la estación, sino en los corazones de los hombres, y no habrían podido expulsarla ni siquiera las lámparas de mercurio más resplandecientes.

El cable telefónico que les permitía comunicarse con la Serpukhovskaya seguía en silencio. El Coronel se veía privado de una sensación muy importante, porque en el metro no era nada usual: la sensación de cercanía con otros seres humanos. Mientras las comunicaciones funcionaran, mientras las caravanas hiciesen regularmente su recorrido y el viaje hasta la Hansa durase menos de un día, los habitantes de la estación tendrían libertad para marcharse y para quedarse. Todo el mundo sabía que cinco túneles más allá comenzaba el metro propiamente dicho, la civilización... la Humanidad.

Seguramente, los exploradores del Polo habían sentido algo semejan-

te en los hielos árticos, cuando —fuera por interés científico, o por una elevada retribución— se habían enfrentado durante varios meses al hielo y la soledad. Habían llegado a encontrarse a varios miles de kilómetros del continente, pero nunca se alejaban del todo, porque la radio funcionaba, y una vez al mes oían el estruendo de avión que les arrojaba cajas repletas de latas de carne.

Pero la banquisa de hielo que sostenía la Sevastopolskaya se había hecho pedazos y desaparecía por instantes... en una tormenta de hielo, en un océano negro, en el vacío y la incertidumbre.

La espera se prolongaba, y la vaga preocupación del Coronel se transformó poco a poco en lúgubre certidumbre: los tres exploradores que había enviado a la Serpukhovskaya no iban a regresar jamás. No era posible retirar a otros tres soldados de los puestos exteriores y enviarlos, también a ellos, contra el ignoto peligro. No podían permitirse otras tres muertes seguras, que tampoco habrían servido para resolver la situación. Pero, de todos modos, no le parecía que hubiera llegado el momento de bajar la puerta hermética, con la que se podía cerrar el túnel meridional, y reclutar una gran fuerza de asalto. ¿Por qué había de ser precisamente él quien tuviera que tomar la decisión? Una decisión que, en cualquier caso, sería errónea.

El Coronel suspiró, entreabrió la puerta, echó una ojeada y llamó al guardia.

—¿Tienes un cigarrillo para mí? Pero que éste sea el último. La próxima vez no me des, por mucho que te insista. Y no se lo digas a nadie.

Nadya, una mujer madura, robusta y parlanchina, vestida con un chal de plumón agujereado y un delantal sucio, llegó con la olla de carne y verdura. Los centinelas se animaron. Patatas, pepinos y tomates se consideraban manjares refinados, y fuera de la Sevastopolskaya se encontraban cosas parecidas tan sólo en algunas *kabaks* de la Línea de Circunvalación y de la Polis. La escasez no se debía tan sólo a la complejidad de los cultivos hidropónicos que había que instalar para que germinaran las semillas, sino también a que casi no había ninguna estación que pudiera despilfarrar kilovatios con el único objetivo de dar más variedad al menú de sus soldados.

Los propios dirigentes de la estación tenían verdura sobre la mesa sólo en los días de fiesta, porque se cultivaba sobre todo para los niños. Istomin había tenido que sostener una acalorada discusión con los co-

cineros para convencerlos de que añadieran cien gramos de patatas hervidas y un tomate a la olla de carne de cerdo que se servía cada dos días. El objetivo era levantar la moral.

Y, así, cuando Nadya, con movimientos más bien torpes, dejó el fusil de asalto en el suelo y levantó la tapadera de la olla, los centinelas desarrugaron el entrecejo. En ese momento ninguno de ellos quiso hablar de la caravana que no regresaba ni de la fuerza de reconocimiento que se había esfumado. No querían que nada les estropeará el apetito.

Había un centinela mayor que los demás. Vestía una chaqueta acolchada con pequeñas reproducciones del emblema de la red de metro. Sonriente, revolvió las patatas de su plato y dijo:

—Hoy me voy a pasar el día entero pensando en la Komsomolskaya. Ojalá pudiera volver a verla. ¡Qué mosaicos...! Creo que era la estación más bella de Moscú.

—Por favor, Homero, cállate ya —le respondió un tipo gordo, sin afeitarse, con gorra de orejeras—. Viviste allí, y es lógico que te siga gustando. Pero ¿qué me vas a decir de las vidrieras de la Novoslobodskaya? ¿Y de las majestuosas columnas y los frescos en el techo de la Mayakovskaya?

—A mí me había gustado siempre la Ploshchad Revolyutsii —confesó tímidamente un centinela de rostro serio, un francotirador, que había dejado atrás su primera juventud—. Ya sé que es una idiotez, pero todos aquellos marineros y pilotos de aspecto sombrío, los soldados de la frontera con los perros... cuando era niño ya me parecían formidables.

—A mí no me parece que eso sea una idiotez —le dijo Nadya mientras raspaba los restos que habían quedado pegados a la olla—. Además, entre las estatuas de esos hombres había dos que eran muy guapos. ¡Eh, brigadier! ¡Vente para aquí! ¡No querrás marcharte sin haber comido nada!

El militar corpulento y ancho de espaldas que se sentaba aparte de los demás se acercó con pasos lentos, tomó su ración y volvió a su lugar. Lo más cerca posible del túnel, lo más lejos posible de los seres humanos.

El gordo señaló con la cabeza las anchas espaldas del brigadier, que se había sumergido de nuevo en la penumbra, y preguntó en susurros:

—¿Ése se deja ver todavía por la estación?

—No, ya lleva una semana aquí —le respondió el francotirador, también en voz baja—. Pasa las noches en el saco de dormir. ¿Cómo lo

soporta...? Quizá lo necesite. Hace tres días, cuando las bestias estuvieron a punto de comerse a Rinat, él las mató a todas. Sin ayuda de nadie. Tardó un cuarto de hora. Regresó con las botas llenas de sangre, y el rifle también. Se lo veía muy satisfecho.

—No es un hombre, es una máquina —observó un centinela flaco que se encargaba de una de las ametralladoras—. No querría tener que dormir a su lado. ¿Has visto cómo tiene la cara?

El viejo al que habían llamado Homero se encogió de hombros y dijo:

—Pues mira qué curioso, yo sólo me siento seguro de verdad cuando estoy con él. ¿Qué queréis? Es un buen hombre, lo que ocurre es que le sucedió algo muy malo. ¿Qué obligación tenemos de ser guapos? Que sean las estaciones las que estén bonitas. Y ya que hablamos de eso, tu Novoslobodskaya me parece el colmo del mal gusto. La vidriera esa no la puedo ni ver si no estoy borracho... ¡una vidriera... si hasta me entran ganas de reír!

—¿Y no te parece de mal gusto una estación con la mitad del techo cubierto por un mosaico que representa un *koljós*?

—¿Y cuándo has visto tu eso en la Komsomolskaya?

El gordo metió baza:

—Toda esa porquería de arte soviético tenía un único tema: ¡La vida en los *koljoses* y nuestros heroicos pilotos!

—¡Seryosha, no te metas con los pilotos! —le advirtió el francotirador.

De pronto, se oyó una voz sorda y profunda:

—La Komsomolskaya es una mierda, y la Novoslobodskaya también.

El gordo interrumpió su réplica de pura sorpresa y contempló al brigadier envuelto en la penumbra. Los demás enmudecieron también. El suboficial no tomaba parte casi nunca en sus conversaciones. Cuando le preguntaban algo, respondía, como mucho, con monosílabos.

Aún estaba sentado, de espaldas, con los ojos clavados en las fauces del túnel.

—La Komsomolskaya tiene el techo demasiado alto y las columnas demasiado esbeltas. El andén entero está como servido en bandeja. Además, no sería fácil cerrar sus pasillos con barricadas. Y en la Novoslobodskaya las paredes están cubiertas de grietas, por mucho que las rellenen. Con una sola granada se podría derrumbar toda la estación. Y las vidrieras esas de las que hablabas se hicieron añicos hace tiempo. Eran demasiado frágiles.



Las afirmaciones hechas por aquel hombre habrían sido un buen motivo de discusión, pero nadie se atrevió a levantar la voz. El brigadier calló durante un rato y luego dijo, como de paso:

—Me marchó a la estación. Homero me acompañará. El relevo llegará dentro de una hora. Que Artur se ponga al mando mientras tanto.

El francotirador se puso en pie al instante y asintió, aun cuando el brigadier no pudiera verlo. El viejo se levantó también y empezó a recoger sus cosas, aunque no había acabado de comer. Cuando el brigadier llegó a la hoguera, Homero ya tenía preparado todo su equipo, que incluía un casco y una voluminosa mochila.

—¡Mucha suerte! —dijo el francotirador.

Cuando las desiguales siluetas —el corpulento brigadier y el flaco Homero— se alejaron por el trecho de túnel al que llegaba la luz, el francotirador los siguió con la mirada. Luego, aterido, se frotó las manos y se estremeció.

—No sé por qué, me ha entrado frío. Echad más carbón a la hoguera.

Mientras iban de camino, el brigadier no malgastó las palabras. Solamente le preguntó a Homero si era verdad que había trabajado en otro tiempo como conductor de trenes auxiliares, y antes de eso como guardavía. El viejo lo miró con desconfianza, pero luego asintió. Siempre contaba a los habitantes de la Sevastopolskaya que había trabajado como conductor de metros, y ocultaba su pasado como guardavía, que consideraba humillante.

El brigadier dirigió un breve saludo a los guardias llevándose un par de dedos a la visera del casco. Estos se apartaron, y el brigadier entró sin llamar en el despacho del jefe de estación. Istomin y el Coronel se levantaron de la silla, sorprendidos, y se le acercaron. Los dos estaban desgreñados, desesperados y exhaustos.

Mientras Homero se detenía tímidamente en el umbral y aguardaba con impaciencia, el brigadier se quitó el casco, lo dejó entre los papeles de Istomin y se pasó la mano sobre el cráneo rapado. A la luz de la lámpara se vio lo terriblemente desfigurado que tenía el rostro: la mejilla izquierda se le había contraído como por una quemadura, el ojo del mismo lado era tan sólo una raja, y una enorme cicatriz de color violáceo iba en zigzag desde la comisura de sus labios hasta la oreja. Homero creía conocer bien ese rostro, pero de todos modos sintió un gélido escalofrío en la espalda, como si lo hubiera visto por primera vez.



—Yo mismo iré a la Línea de Circunvalación —exclamó el brigadier. Ni siquiera había saludado.

Se hizo un profundo silencio. Homero sabía muy bien que aquel hombre era un luchador extraordinario y que, por ello, los dirigentes de la estación lo trataban con un especial respeto. Pero ése fue el primer momento en el que se dio cuenta de que el brigadier, a diferencia de los demás habitantes de la Sevastopolskaya, no acataba órdenes. No había ido a buscar la aprobación de aquellos dos hombres envejecidos y exhaustos. Al contrario: parecía que fuera él quien diese la orden, y que los otros dos tuvieran que cumplirla. Y... ¿cuántas veces lo habría hecho ya? se preguntaba Homero. ¿Quién era el brigadier?

El jefe de los puestos exteriores se volvió hacia el jefe de estación. Se le ensombreció el rostro, como si hubiera querido protestar, pero luego, con un gesto, dio a entender que no lo haría.

—Como quieras, Hunter —dijo—. De todos modos, no lograremos disuadirte.